



Oculto a plena vista: El Micro-trauma en la dinámica relacional inter-generacional¹

Margaret Crastnopol²

Northwest Center for Psychoanalysis, Seattle, Washington

Los micro-traumas infligidos por un objeto supuestamente bueno causan daño psíquico mientras obligan al objeto a mantener una apariencia de beneficencia. Estos pecados veniales son sutilmente destructivos porque son rápidamente disociados, suprimidos y/o reprimidos. El resultado es una paliza acumulativa invisible a simple vista. Entre sus muchas formas de manifestación, los aspectos micro-traumáticos que se van a exponer son: maquillaje del self o del otro; sobre-afectividad (expresiones excesivas de apego); maestría impuesta (valoraciones comparativas continuas, premiando lo mejor sobre lo bueno); Intimidad incómoda (intentos de traspasar los límites o apropiarse del psiquismo del otro); la comisión de "pequeños asesinatos" (ironía sarcástica, disfrazada de broma); y ninguneo del otro (retirada consciente o inconsciente del self de la relación activa). Se exploran estos aspectos en el contexto del análisis de un hombre, que inicialmente se retrató a sí mismo como perfectamente feliz, y solo necesitando asesoramiento por dificultades menores de relación. Batallando con el carácter defensivo tipo- Pollyanna de este hombre, el analista empieza a descubrir la historia de una vida micro-traumática vivida entre "objetos buenos" blanqueados, un escenario que por supuesto se manifiesta de nuevo en la matriz transferencia / contratransferencia. Fue clave la exploración de los lapsus de memoria, distorsiones, y discrepancias tanto intrapsíquicas como interpersonales para ayudar al paciente a trascender su propia destructividad velada y su transmisión intergeneracional.

Palabras clave: Micro-traumas, Trans-generacional, Transferencia, Contra-transferencia

The microtraumata inflicted by a supposedly good object cause psychic harm while allowing the object to retain a semblance of beneficence. These venial sins are so subtly destructive as to be readily dissociated, suppressed, and/or repressed. The result is a cumulative bruising invisible to the naked eye. Among their many guises, the micro-traumatic aspects to be discussed are: white-washing or air-brushing of the self or other; over-attachment (excessive expressions of attachment); imposed connoisseurship (continuous comparative ratings, prizing the best over the better); uneasy intimacy (boundary-bending attempts at appropriating the other's psyche); the perpetration of "little murders" (sarcastic derision, oft-disguised as a joke); and capricious self-removal (the conscious or unconscious withdrawal of the self from active relating). These issues are explored in the context of the analysis of a man who initially portrayed himself as perfectly happy, and as only needing guidance with minor relationship difficulties. Battling with the man's defensive Pollyanna-like character, the analyst began to uncover the story of a micro-traumatic life lived among white-washed "good objects," a scenario which of course manifested itself anew in the transference / countertransference matrix. An exploration of memory lapses, distortions, and discrepancies both intrapsychic and interpersonal was key to helping the patient transcend his own veiled destructiveness and its intergenerational transmission.

Key Words: Micro-traumas, Transgenerational, Transference, Countertransference

English Title: Hidden in Plain Sight: On the Micro-traumas of Intergenerational Life

Cita bibliográfica / Reference citation:

Crastnopol, M. (2011). "Oculto a simple vista": El micro-trauma en la dinámica relacional intergeneracional. *Clínica e Investigación Relacional*, 5 (2): 237-260. [ISSN 1988-2939]

“¡Cielo!” Exclamó la anciana a su nieto, ya casi un hombre, “¡Qué bien te queda la chaqueta de tu padre! ¡Mucho mejor que a él!” Sintiendo que se quedaba corta le insistió: “¡Mucho mejor que a él!”. Con cierto malestar por esa crítica indirecta a su padre, en su interior, el joven se hinchó y se encogió a la vez.

En su sesión de terapia del día siguiente el joven, algo desconcertado por estos sentimientos contradictorios, indagó en lo que le había dolido. Se sentía orgulloso de que le hubieran apreciado su masculinidad y satisfecho de su pequeña victoria edípica, pero culpable de que le elogiasen a expensas de su padre, y de que eso le gustara. Entonces afloraron otras cuestiones más desagradables. Si su abuela criticaba el aspecto de su propio hijo a sus espaldas, ¿qué es lo que diría de su nieto cuando no estuviera presente? ¿Disfrutaba su abuela poniéndole por encima de su padre? Y si así fuera ¿por qué? Bajo ese trato de cariño ¿cuánto amor auténtico había en realidad? Su cuerpo cambiante y el modo de vestirlo empezaban a parecerle un campo de minas. ¿Podía realmente complacerse de sus nuevos atributos, o suponía meterse en líos? O quizá era una estupidez seguir buscando y removiendo cosas en su interior. Se preguntaba si no sería mejor que ese analista suyo dejase en paz de una vez todo este asunto.

Generalmente, a un comentario como el que hace esta abuela, realizado al azar, no se le daría mucha importancia, o pasaría totalmente desapercibido. Y sin embargo, una observación de este tipo puede inconscientemente producir un daño en la experiencia de maduración psíquica, identidad de género y ego corporal. Este chico podría comenzar a sentirse mal por disfrutar de su propio desarrollo, el cual podría llegar a percibir como intrínsecamente dañino, en sentido edípico, para su “padre interno” y puede que incluso para el externo también.

El trauma intergeneracional es un clásico en la historia, en la ficción, en el teatro y en la tradición religiosa. Sin embargo, aquellos traumas generacionales *microscópicos*, más sutiles y difíciles de reconocer, resultan más complicados de aprehender y curar. Con aún mayor facilidad éstos pueden no ser explicitados, permanecer disociados o reprimidos, de modo que van acumulándose en silencio, resultando de esta manera más destructivos. Y muy frecuentemente no implican sólo a un padre y un hijo, sino, como en este caso, una dinámica triádica intergeneracional. El impacto repetido del microtrauma produce una “contusión psíquica”, a través de una serie de objetos internos que agreden de forma leve pero insistente, y que van dañando la autoestima y deteriorando las relaciones con los demás³. Desde luego, es preciso distinguir dicha contusión de las huellas que produce. Como dijo Heráclito una vez, “cuantos vimos y atrapamos, tantos dejamos; cuantos ni vimos ni atrapamos, tantos llevamos”⁴. O en palabras del propio Freud (1909) (y secundadas por Loewald): “Pero lo que así ha permanecido incomprendido regresa; como un espíritu no redimido, no se apacigua hasta recibir la solución y la redención” (pág. 122).

La relación microtraumática perturba, como si de una breve interferencia se tratase, la propia sensación de bienestar, eficacia o cohesión. Por un instante uno se siente ajeno a sí mismo o al mundo. Como uno no se espera el "bofetón", ni registra todo su impacto, no se defiende debidamente. Ni adopta medidas reparadoras para mitigar daños a posteriori, ni se posiciona en guardia frente a posibles repeticiones. La interacción interpersonal, o "interpsíquica", que propina esta pequeña sacudida al self puede adoptar muchas formas, algunas aparentemente gratificantes, otras más explícitamente punitivas. Entre aquellas que adoptan un tono relativamente positivo está, en primer lugar, la que podríamos llamar "lavado de cara", consistente en minimizar las fallas para así halagar al self o al otro. En segundo lugar, el "hiperafecto", una demostración de cariño excesiva (esta forma presenta la variante que he denominado "intimidación molesta"). Y tercero, la "maestría compartida", el inculcar en el otro la costumbre de realizar constantes valoraciones comparativas en las cuales, citando a Voltaire, lo mejor es enemigo de lo bueno. Dos formas de sesgo negativo son la perpetración de "pequeños asesinatos" (denigración sarcástica, a menudo haciéndose valer por broma) y el "aislamiento caprichoso" (evitar participar o implicarse en una relación de forma rechazante y arbitraria, y motivado por una ira no verbalizada). Estos cinco tipos de microtrauma, en sus distintos grados de hostilidad, envidia, indiferencia y odio, tienen en común el producir un daño psíquico al self de bajo nivel y continuado, mientras permiten al otro preservar su apariencia de ser bondadoso y bien intencionado. Algunos microtraumas se ocasionan deliberadamente, consciente o inconscientemente, y otros de forma involuntaria. Algunos sólo implican a dos personas y otros la interacción de tres o más. Y claro está, gran parte de este daño psíquico se produce a través de identificaciones cruzadas que operan a un nivel inconsciente, tanto en el causante como en el self. A pesar de lo esquivos que resultan, hemos de prestar una atención especial a estos fenómenos microtraumáticos, pues van moldeando los efectos que cada generación ejerce sobre la siguiente. Retomaré el análisis de estas cinco formas específicas de relación traumática en breve.

Contexto Teórico

Mi óptica de los "pecados veniales" de la dinámica intergeneracional tiene su origen en los trabajos de Fairbairn; Sullivan y R.D. Laing, aunque el foco de estos autores han sido tipos más severos de trastorno psíquico e interpersonal, mientras que yo me he ocupado de fenómenos menos visibles.

Como sucede con los procesos más graves, la relación microtraumática tiene como fundamento un deseo intenso de permanecer apegado de forma saludable a un objeto lo suficientemente bueno, ya sea de la generación anterior o posterior. El impulso simbiótico es tan intenso como el de separación e individuación, a veces más. Al reconocer la falta de adecuación, o directamente maldad, en un "objeto eminentemente bueno" se produce un sentimiento de debilitación. Es como si referirse a lo malo nos desposeyera de lo bueno también, o nos autocondenara mediante identificación asociativa.

Para Fairbairn (1952) la persona desea preservar la visión de que el self es amado de un modo saludable por un otro bueno. El objeto malo es controlado mediante su internalización y subsiguiente escisión en un objeto interno rechazante y otro excitante. El objeto excitante o "necesario" es vinculado al "yo libidinal" internalizado, el self lleno de esperanza que busca ser amado por él. En mi opinión es precisamente esta relación entre el self "esperanzado" y el objeto interno excitante la que lleva a mantenerse unido al otro "no tan bueno" externo. Esto allana el camino a recibir un trato microtraumático. En las situaciones que describo el objeto excitante no es realmente malo. Es sólo caprichosamente *arbitrario* a la hora de brindar su aprobación, cariño y cuidados. Por lo que el self "esperanzado" sólo puede estar frágilmente esperanzado. [Ver pág. 114-115 en Fairbairn]. Lo que convierte este vínculo en algo tan adhesivo y corrosivo es el estatus del otro como bueno en su mayor parte, y que en gran medida ama al self, pero que en este aspecto se comporta de modo dañino⁵.

Las pequeñas traiciones de los primeros "otros significativos" pueden producir una duda disociada de una formidable, aunque sutil, resistencia a los vínculos generativos posteriores en su vida. Igual que el joven preguntándose sobre el modo en que su analista removía cosas en su interior, la persona puede estar tan acostumbrada a la relación con otra cuya locura es leve y está oculta, que se encuentra eficazmente inoculada contra la confianza plena en el analista... o en cualquier otra persona. Efectivamente, ha aprendido a "desatender selectivamente", en palabras de Sullivan, a las transgresiones leves del otro para así preservar la vivencia de ser un buen self, amado por un otro bueno. Sin embargo tal desatención provoca una ansiedad disociada que socavará el apego estable.

Ahora bien, desde el psicoanálisis tradicionalmente se ha concebido la influencia generacional de modo lineal y unidireccional, y a cada subsiguiente cohorte necesitada de atravesar las corrientes edípicas. Propongo que esta influencia estructuradora del psiquismo nade también río arriba. Posiblemente recordaran el "doble vínculo" en el cual, como lo exponía R.D. Laing "La víctima se ve atrapada en una maraña de mandatos paradójicos, o de atribuciones que tienen fuerza de mandato, en la cual le resulta imposible hacer lo correcto. (Laing, pág. 144)⁶. Laing (1971) menciona, de pasada, una *influencia inversa* en el contexto del vínculo doble:

[...] Uno debe recordar que el niño puede colocar a sus padres en posiciones insostenibles. El bebé no puede ser satisfecho. Lloro "para" obtener el pecho. Lloro cuando se le ofrece el pecho. Lloro cuando se le retira el pecho. Incapaz de "conectar con" o "poner fin a" la madre acaba sintiéndose enormemente ansiosa y se desespera. Se aparta del bebé en un sentido y se vuelve excesivamente solícita en otro. Los dobles vínculos pueden ser bidireccionales (1971, pág. 147).

Por tanto, los *niños* pueden colocar a sus *padres* en "posiciones insostenibles" que les microtraumatizan, no sólo en la infancia sino en diversas coyunturas a lo largo de sus ciclos compartidos de vida. Especialmente en subculturas en las cuales lo nuevo y progresista a

menudo se valora a expensas de lo antiguo y tradicional, los integrantes de las nuevas generaciones pueden, por su mera existencia, recibir una especial distinción y parecer más valiosos que sus antecesores. Mientras que el joven puede estar más expuesto a "nuevas y mejores" formas de funcionamiento psicosocial, los mayores han de quedar "al cargo" (en parte en representación de las nuevas generaciones) a través de modos de funcionamiento más antiguos. La juventud es en sí misma un bien altamente valorado o, como expresó Fromm en 1947 en su descripción del rasgo de carácter de "orientación mercantil", "uno se vive a sí mismo [...] simultáneamente como el vendedor y como el bien de consumo que está vendiendo" (pág. 70)⁷. Al ritmo de transformación social actual esto es algo que parece inevitable. Es posible que las nuevas generaciones necesiten de este caché como compensación por una doble carga: la ansiedad producto de la expectativa de ser un self nuevo y mejor, y la falta del conocimiento que da la experiencia (o lo que podríamos llamar sabiduría) y que pudiera servir para corroborar ese self más desarrollado.

Al venerar lo nuevo, la joven generación puede así preconizar su supuesta superioridad a través de los mecanismos que he mencionado antes, en especial mediante la sarcástica "pequeña muerte", la maestría desvalorizante del "yo lo sé mejor que tú", y el periódico y hostil aislamiento del círculo familiar. Estas conductas pueden acabar moldeando el sentido de sí de los padres, del mismo modo que el estilo relacional de ellos moldeó el de sus hijos. Puede que determinadas depresiones en la mediana y tercera edad no sean sólo la mera consecuencia del resurgimiento de conflictos psíquicos o de otros fenómenos soterrados, del climaterio femenino (o masculino), o de una valoración negativa de la propia madurez; puede que dicha disforia sea más bien resultado de la erosión que los ataques encubiertos de los hijos hayan ido produciendo en la autoestima de sus padres.

La propensión a infligir o absorber daño microtraumático no se sustenta sólo en el conflicto psíquico, sino también en el propio temperamento o disposición. En la medida en que las tendencias caracterológicas de los padres influyen en sus dinámicas intrapsíquicas y estructuras defensivas, pueden hacerles más o menos proclives a tomar parte en alguna forma dañina de relación (o a resultar heridos por ella). La madre jovial puede tratar de "animar" a su hijo o minimizar alegremente su ansiedad y su angustia, ante las pruebas de selección de su equipo. El padre divertido puede, juguetonamente, hacer rabiar a su hija por sus dificultades tratando de enhebrar por vez primera una aguja. La madre introvertida minimizar la importancia de la enorme red de amigos de su hija. El padre brusco y sarcástico, derramar todo un jarro de agua fría sobre la optimista redacción de su hijo acerca de "cómo cambiar el mundo".

Y a la inversa, determinados rasgos caracterológicos en el niño pueden resultar perjudiciales psicológicamente para los padres. Un hijo que nace tímido o melancólico puede cargar fácilmente a un padre o a una madre de naturaleza más alegre, o hacer que sus esfuerzos por ser buenos padres les resulten inadecuados, pudiendo llegarles a despertar sutiles sentimientos de rechazo (ver Charles y Thomas, 1987). Evidentemente, algunos niños nacen

con una menor capacidad de relación empática. Son más "sistematizados", término acuñado por Baron-Cohen (2003). Más centrados en las relaciones entre las cosas que entre las personas. En último extremo esta actitud puede llegar a alienar a padres más empáticos. Y obviamente, los niños histriónicos, de espectro autista y opositoristas pueden producir un daño psicológico considerable a sus padres y abuelos. Este daño se ve agravado en la medida en que los padres creen erróneamente que dichos déficit psíquicos son exclusivamente provocados por el entorno, y por tanto culpa de ellos.

En algunas familias cada generación microtraumatiza a la otra de forma refleja a través de toda una serie de desentonaciones, algunas motivadas patológicamente y otras no. Chess y Thomas (1987) en su exploración de la "bondad de ajuste" entre padres e hijos, presentan un caso de traumatización involuntaria de unos padres por parte de su hijo, y en el que se ve comprometido el funcionamiento psíquico de éstos:

"[...] Algunos padres con hijos de temperamento difícil tratan de evitar el estrés y la confusión mediante apaciguamiento, accediendo rápidamente a las cotidianas demandas del niño. Lo único que consiguen estos padres es crear un niño tirano, que aprende a dominar a la familia a través de sus rabietas. En estos casos los padres deben aprender a soportar su propio estrés además de el del niño, diciéndoles "No" suave aunque firmemente cuando resulte apropiado, y manteniéndose firmes en esta postura hasta que el niño se calme. [...] Mediante este sistema, aunque el niño pase por fases turbulentas, logrará un buen ajuste con las expectativas razonables de los otros (pág. 64)."

Como consecuencia de la multiplicidad del self y contextualidad de la experiencia psíquica, se encuentran entrelazadas las diferentes imágenes subjetivas de las personas de distintas generaciones, con las que cada individuo ha tenido relación. Por tanto, los tonos frívolos, moralistas o sádicos de la determinada forma microtraumática de relacionarse de cada uno, serán registrados de un modo diferente por familiares de distintas generaciones. Un padre puede conservar toda una serie de recuerdos de determinados miembros de la familia, mientras que los de su hijo pueden ser borrosos o inexistentes. Los recuerdos heredados suelen poseer el estatus de sagrados, y moldear el sentido de la propia historia e individualidad. Los recuerdos de los padres pueden maquillar, o incluso encubrir, las "pequeñas maldades" de los abuelos, dejando al niño "mistificado" en cuanto a los orígenes de los conflictos familiares (ver Laing, pág. 140⁸). Y es por esto que el niño puede a veces poseer una visión más clara de las cualidades negativas de sus mayores que la que sus padres pueden tolerar. (Un intercambio como el expuesto al comienzo de este artículo se presta a recuerdos ambiguos, que a su vez tienden a producir ambivalencia). Percibir esta discrepancia puede generar sentimientos de deslealtad y culpa en el niño, haciéndole sentir "malo". Desde luego a veces sucede que se calumnia o ensucia la memoria del objeto. Toda persona debe asumir las discrepancias entre los recuerdos que posee de cada uno de los miembros de su familia (especialmente los aspectos agresivos y destructivos) y las múltiples y diferentes imágenes que los otros puedan tener de esas personas. El apego a un objeto

interno sutilmente destructivo condiciona, por asociación, nuestro sentido de bondad – culpa y ansiedad.

Los cinco modos de relación microtraumática.

Maquillado. El maquillado, o de forma más intensa, la transformación de aspectos de la realidad, consiste en la negación o desatención selectiva de las debilidades o aspectos inadecuados propios o del otro. Se consigue así que uno de los dos, o ambos, parezcan “mejores” en acción o intención de lo que en realidad son. (Es un proceso similar al de la idealización, pero no llega al punto de convertir a la persona en “perfecta”, sino que modera los extremos de sus imperfecciones). Si un padre se maquilla a sí mismo, el hijo perderá la capacidad de confiar en su propia percepción de qué es lo bueno y lo malo del otro. La propia experiencia se vuelve sospechosa, lo que o bien produce una brecha entre la experiencia genuina e inauténtica de sí, o bien la ensancha. Si por el contrario el padre maquilla la imagen de su *hijo*, posiblemente el niño aprenderá a evitar, o incluso reprimir, la conciencia de sus propias fallas. Esto paradójicamente puede hacer que tener una falla le resulte catastrófico en vez de simplemente desafortunado. Cuando un hijo, ya sea durante la infancia o en la edad adulta, maquilla la imagen de su *padre*, ello puede hacer que el padre se sienta presionado a continuar pareciendo “mejor que en la realidad”, y esto a su vez perturbar la conexión con sus sentimientos internos auténticos. Estos procesos pueden concebirse como formas de intensificación del vínculo entre el “self interno esperanzado” y el “objeto interno excitante” de Fairbairn. Constituye en el mejor de los casos un procedimiento precario, ya que impide la relación con el objeto total y una conexión incondicional.

Mi hipótesis es que la propensión a maquillar puede constituir una conducta motivada de evocación selectiva derivada de la predisposición neurofisiológica que los expertos e investigadores de la personalidad llaman “extroversión” – un tipo de relación positiva, activa y entusiasta con los demás. Puede que para las personas extrovertidas tengan una mayor importancia los beneficios de una participación activa, que los momentos en los que se sienten heridas o defraudadas por el otro. Por lo que el maquillado puede ser tanto una tendencia caracterológica como una negación defensiva. En cualquiera de los casos no deja de cumplir su inconsciente trabajo sucio.

Un caso que desarrollaré de manera más extensa en la segunda parte de este artículo es el de un hombre de mediana edad que, al inicio de su tratamiento, mantenía que aunque era completamente feliz se encontraba muy preocupado por el hecho de que su socio, así como otras personas, estaban comenzando a distanciarse de él. Esta situación, lejos de suponer un problema menor, amenazaba con acabar con la empresa de ingeniería que llevaba su nombre. Durante el análisis fuimos descubriendo cómo este hombre había estado maquillando gran parte de su forma de actuar, tanto en su vida profesional como en su rol

de padre de un niño de 10 años, a quien también había enseñado a maquillar las realidades dolorosas. Una alegre negación que había contribuido a su incapacidad de darse cuenta de las graves dificultades que atravesaban sus relaciones íntimas, que como consecuencia habían empeorado hasta casi un punto sin retorno. Yo, como su analista, recibía el mismo tratamiento de brillo, tras el cual se ocultaban una desconfianza y desdén inconscientes. La seria amenaza que para el vínculo terapéutico representaban estas actitudes me hacía sentir la necesidad urgente de ayudarlo a reconocer el encubrimiento, para así poder establecer con él una conexión significativa y permitir que avanzara el análisis. Finalmente fue capaz de darse cuenta, y articular con angustia, “Dios mío, ‘insemino artificialmente’ las cosas con una positividad que me impide ver lo que es verdaderamente importante. Y ‘quemo’ a todos a los que quiero en el proceso”. Fue un reconocimiento importante y difícil de alcanzar, aunque sólo un primer paso en lo que sería un prolongado encuentro consigo mismo.

Hiperafecto e intimidad molesta. El “hiperafecto” es una característica que, como el maquillado, puede provenir de alguien consciente o inconscientemente decidido a ser un “objeto bueno” para el otro. Y como en el maquillado, el otro es hipervalorado aunque en este caso a través una afectuosidad indiscriminada referida a las maravillosas cualidades del otro, en lugar de mediante una apreciación más templada de éstas. Claro está, las personas que se sienten impelidas a proyectar un aura positiva se encuentran defendidas contra sentimientos de falta de adecuación o de vacío, que brotan de un terror existencial. La efusividad del individuo hiper-afectuoso hace que el otro se sienta obligado hacia él, pero la intensidad emotiva nunca es proporcional al valor de la relación para ninguno de ellos. No responder a ese afecto implica que la persona objeto de éste pueda parecer “insensible”. Con el fin de evitar la vergüenza de resultar fría, puede acabar obligándose a cooperar con el programa de afectuosidad, perdiendo contacto con su self “más verdadero”. Alice Miller (1981) nos describe cómo las altas expectativas de la madre “insegura” acerca de su hijo “no excluyen su profundo afecto” (1981, pág. 34):

Al contrario, la madre a menudo ama a su hijo como a su objeto del self, apasionadamente, aunque no de la manera que él necesita ser amado. Es un amor que carece, entre otras cualidades, de la continuidad y constancia, tan importantes para el niño. Pero lo que falta por encima de todo es la estructura dentro de la cual el niño pueda experimentar sus propios sentimientos y emociones. En su lugar va desarrollando lo que la madre necesita, y que en ese momento al niño le salva la vida (el amor de su madre o de su padre), pero que sin embargo, puede impedirle ser él mismo para el resto de su vida (pág. 34-35).

En resumen, la compulsividad de la expresión afectuosa puede hacer que el niño internalice una sensación de ser amado por sus virtudes y consiguiente reflejo en el padre o la madre, y no por sus cualidades básicas (Miller, 1981).

Pariente cercano del hiperafecto, la “intimidación incómoda” tal y como la he definido en otros trabajos (2007), “se refiere al uso inconsciente de la propia capacidad de resonancia psíquica

para empujar al otro a una aceptación emocional tan tóxica [...] como beneficiosa, sino más”. En este escenario “[...] ambas personas llegan a conocer el mundo interno del otro de un modo y a un ritmo excesivos” (Crastnopol, 2007, pág. 34). En la dinámica intergeneracional, una vez que o bien el padre o bien el hijo, sienten que el otro anhela tener a alguien de confianza, pueden ofrecer ésta como moneda de cambio para fortalecer el vínculo. Y puede que ello suceda a expensas de que uno, o ambos, se empiecen a sentir invadidos, sobreexpuestos o “apelotonados” y a su forma de ser cada vez más asediada y restringida. El más débil o necesitado de los dos desarrollará una dependencia hacia el más fuerte y un vínculo que, debiendo ser internalizable para hacer a aquel más fuerte, únicamente logra reforzar su propia insuficiencia. Sospecho que como ocurre con el maquillaje, la tendencia al hiperafecto e intimidad incómoda poseen también raíces neurofisiológicas. Aquellas personas de naturaleza cálida e interdependiente que, en términos de la teoría de la personalidad puntúan alto en afectividad positiva y amabilidad, son más propensas a formar una forma hipertrofiada de intimidad.

El hiperafecto puede llegar a “engullir” los cuidados de los padres. Una niña pre-adolescente iba con su madre andando por la calle cuando comenzó a reflexionar en voz alta sobre cómo estaba aprendiendo a manejar los dolores y molestias menstruales propias del momento evolutivo. Con una mezcla de cariño y ansiedad en la voz la madre se lanzó al rescate: “Ah sí, cariño, claro, lo mejor que puedes hacer es distraerte y así no te darás ni cuenta”. La niña se quedó sin palabras. No tenía mucho sentido tratar de explicar a su madre que prefería profundizar en el dolor, que sentía que eso le iba a ayudar a sobrellevar mejor esas sensaciones angustiantes. Prefirió permanecer en silencio que arriesgarse a hacer daño a su madre rechazando sus consejos. La satisfacción de aprender a modular sus propias sensaciones quedó en cierta medida sesgada por lo excesivo del modo de cuidado de su madre.

Un paciente que en clave de humor se describía a sí mismo como un “tío sensible de la nueva era”, no podía resistirse a preguntar, incluso a personas a las que apenas conocía, cómo eran ellos “en realidad”, con mirada inocente y una actitud compasiva que invitaba a compartir confidencias. De esta forma llegaba a convencerse a sí mismo de que mantenía relaciones de gran intimidad, tanto con jóvenes como con mayores. Durante el análisis se fue haciendo evidente cómo los más jóvenes se sentían invadidos, como si les estuvieran robando su identidad y de esa manera diluyéndola. ¿Estaba rechazando la madurez y su subcultura, a pesar de que evidentemente ese era su lugar “legítimo”? ¿Le servía esto para anunciar que ellos también acabarían menospreciando la subcultura de su propia generación? Una atención hiperafectuosa por parte de una generación hacia la siguiente genera incongruencias y celos acerca de la propia identidad como self independiente, entre una cohorte de selfs similares.

Maestría compartida. En la “maestría compartida”, un individuo hiperdiscriminativo acostumbra a impartir su “especial” conocimiento de excelencia a otro y de esa manera,

aparentemente, comparte su "grandeza" con él. Realiza, así mismo, una constante valoración de cualquier persona, lugar, aspecto o cosa, y una continua comparación de dichas valoraciones. Puede que el que "sabe" se identifique proyectivamente con el "aprendiz" en términos de su falta, reaccionando defensivamente y empujando a éste a procesar niveles de conocimiento cada vez más sofisticados. En otras palabras, el propósito del maestro es neutralizar la ansiedad que le produce apreciar cualquier tipo de insuficiencia mediante la corrección del otro, de manera excesiva e *in crescendo*. Puede existir además una intención hostil inconsciente como forma de realizarse a sí mismo, al estilo del objeto parcial kleiniano.

En este caso lo *bueno* es enemigo de lo *mejor* (invirtiendo la conocida frase). El experto es el que determina qué es lo mejor, y al compartir su visión confiere al otro un estatus especial, en una forma de hermanamiento narcisista. Se produce de esta manera una intensificación refleja del self grandioso, que reporta placer regresivo a ambos. La burbuja de intimidad que se forma alrededor de los dos les eleva por encima del resto. El discípulo, implícitamente, se siente obligado hacia el maestro, al tiempo que desprecia a otros de sensibilidad más zafia. Este mecanismo incrementa de forma traumática el potencial de sentirse inferior, en cuanto el discípulo se desvía de los estándares fijados por "el que sabe". Incluso si el aprendiz llegase a percatarse de la arbitrariedad de las "lecciones", se sentiría agraciado y el "repulgo" del otro quedaría enmascarado en forma de un refinamiento que sólo puede ser bueno.

El personaje de Jane Austen (edición de 1971) *Emma* encarna a la perfección este modo de relacionarse. En los primeros capítulos de la novela que lleva su nombre su autora describe cómo Emma denigra a aquellos que se relacionan con su maleable amiga Harriet: "[La familia Martin era] gente vulgar y poco educada, en modo alguno propia de tener intimidad con una muchacha que sólo necesitaba un poco más de conocimientos y de elegancia para ser completamente perfecta". Emma decide encargarse del destino de Harriet:

Ella [la propia Emma] la aconsejaría; la haría mejorar; haría que abandonase sus malas amistades y la introduciría en la buena sociedad; formaría sus opiniones y sus modales. Sería una empresa interesante y sin duda también una buena obra; algo muy adecuado a su situación en la vida; a su tiempo libre y a sus posibilidades (pág. 14).

Emma actúa como una experta, no sólo en las preferencias estéticas de Harriet, en su estilo de vida, logros y demás facetas de su vida, sino en lo que aún resulta más inquietante, qué tipo de self debe ser. Austen nos muestra lo desatinado del comportamiento de Emma cuando ésta juzga del todo equivocadamente la situación y por muy poco no daña a su amiga. Es sólo gracias a los buenos oficios de alguien menos narcisista que ella, Mr. Knightley⁹, que Emma logra darse cuenta de su desacierto y del daño psicológico que puede llegar a ocasionar. Desde luego, la temática del elitismo tóxico es muy recurrente en las artes y la cultura¹⁰, pero la dinámica a la que hago referencia ocurre de modo menos notorio y en contextos más cotidianos, en formas más difíciles de aprehender pero con consecuencias igualmente perjudiciales. Ya desde niños el hecho de ser "criados", y en

general toda relación que contribuye a nuestro crecimiento y desarrollo, hace que nos sintamos "empequeñecidos".

La "maestría impartida" ocurre con frecuencia entre generaciones, en la dinámica estratificada que describí anteriormente. También se percibe cierto eco de ella en la viñeta del comienzo del artículo, en la admiración expresada por la abuela hacia su nieto pero que subliminalmente señala en dirección opuesta, despreciativamente, hacia su hijo, el padre del joven. En este caso se inculca una intimidación que al mismo tiempo expresa desprecio, y que "saldar viejas cuentas" con la siguiente generación. El cariño y el propósito agresivo unen sus fuerzas, aunque impactan en direcciones opuestas. Es muy frecuente que la generación más próxima, padres o hijos, se perciba como una mayor amenaza y despierte un trato microtraumático más agresivo que las más alejadas. La dinámica edípica sugiere que la lucha por los recursos limitados (como el amor y el poder del padre del otro sexo) será más intensa cuanto más próximas sean las generaciones. Es muy posible que sus funciones, fases y necesidades evolutivas resulten lo suficientemente parecidas como para que evoquen algo muy similar a la competencia entre iguales.

Habiendo sido literalmente parte del otro en el parto, la madre y el hijo se sienten como una extensión física y psico-emocional del self muy cercana. Y en lugar de percibirse como más independientes entre sí, pueden fácilmente convertirse en el receptáculo sobre el que proyecten el odio hacia sí mismos. Estos problemas disminuyen cuando otra generación entra en escena¹¹.

Evidentemente, puede resultar beneficioso aprender a distinguir entre grados de "excelencia". Cuando aumenta la capacidad de apreciar el mundo o la propia competencia, es sin duda un aprendizaje que nos hace mejores. Sin embargo, cuando el "profesor" padece mucha inseguridad, o algún otro tipo de trastorno narcisista, es una dinámica que rápidamente puede tornarse venenosa. Puede que conscientemente el maestro busque estimular nuestro crecimiento personal, pero es internalizado como un "objeto excitante" cuyo refinamiento no tiene parangón, y cuyos estándares no pueden ser satisfechos. Por ejemplo, si un padre o una madre se muestran excesivamente exigentes enseñando a su hijo pequeño a escribir una nota de agradecimiento, y éste comienza a sentir que le es imposible expresar el grado de agradecimiento adecuado y con un estilo lo suficientemente correcto, ¿cuánto peor será cuando, ya de adolescente y habiendo introyectado esa imagen parental, deba redactar cartas de solicitud de admisión a la universidad? El joven tendrá una marcada conciencia de su propia insuficiencia ante la mirada del otro, y padecerá una excesiva dependencia de su tutela "especial", para poder llegar a "estar a la altura".

La maestría impartida a veces impide entonar con la singularidad de la persona. Esto les ocurre a los padres con sus hijos. Pero puede suceder también a la inversa, como cuando hijos adultos tratan de inculcar a padres mayores el uso de una tecnología cada vez más avanzada. A menos que los padres posean un sostén psicológico lo suficientemente sólido,

pueden caer víctimas de la vergüenza que ello puede provocar¹².

Pequeños asesinatos. El término “pequeños asesinatos” acuñado o popularizado por el cómico Jules Feiffer, refleja los desaires, críticas, insultos y menosprecios que las personas se infligen, de buenas a primeras, las unas a las otras. Estas puyas de pasada son “mortíferas” por su capacidad de erosionar la confianza y la seguridad en uno mismo. Como sucede con las anteriores formas de daño psicológico, la persona que recibe este trato puede resultar “mistificada” (Laing, 1971) en lo que se refiere a su intención y significado, y verse obligado a optar por ignorarlo o negarlo con tal de preservar lo bueno del vínculo con el otro significativo. (En el ejemplo que da comienzo a este trabajo, el padre, “sepultado bajo alabanzas fingidas”, no se encontraba en realidad físicamente demasiado alejado de su madre, por lo que puede que sintiera su comentario como un “pequeño asesinato”.)

La insensibilidad durante los procesos de crianza puede ser el primer paso en la “tendencia asesina” de los mayores hacia los más jóvenes. En el artículo “Play Nice” del diario New Yorker (del 4 de Agosto de 2004), Simon Rich, burlándose de las expectativas de los padres de que sus hijos deban jugar alegremente con los hijos de los invitados, plantea una situación en que la madre se ve obligada a compartir sus juguetes con su nuevo “compañero de juego”. Y el juguete en cuestión es su coche. Cuando la madre objeta¹³ su hijo reacciona en forma de “pequeño asesinato”:

“Mamá, ¿no me puedo creer cómo te estás comportando! ¿Qué es lo que te tenemos dicho sobre compartir con los compañeros?” La madre, sintiéndose vencida contesta “Tienes razón... lo siento. [Y a su supuesto compañero de juego:] Coja mi Mercedes.”

En este intercambio, la individualidad, dignidad y privacidad del niño (actuado por su madre) se ven claramente vulneradas. El niño carece de toda soberanía sobre lo que se supone que es de su propiedad. Significativamente, con sus intentos de protestar tan sólo consigue que se le avergüence y humille aún más. Pronto todo esto habrá sido reprimido y el microtrauma se habrá producido.

Del mismo modo, también los jóvenes cometen “pequeños asesinatos” sobre sus mayores cuando responden a las limitaciones que éstos les imponen, ya sean de tipo intrapsíquico, psicosocial, u otro. (Esto ciertamente constituye un estresor importante en familias inmigrantes, en el momento en que los inquietos jóvenes de la primera generación comienzan a quejarse a sus padres y abuelos de sus costumbres, propias de su “viejo país de origen”.) Los jóvenes “asesinan” a sus mayores al pasar de la sátira a la burla, llegando a humillar a los mayores por sus dificultades para aceptar y adaptarse a nuevas costumbres sociales, hábitos culturales, etc¹⁴.

Otros “pequeños asesinatos” intergeneracionales son más específicos de las personas a las que afectan. Una mujer de 45 años refería que cuando era adolescente, su padre, a quien

quería enormemente, cuando le llevaba la contraria siempre le decía, "cielo, hazle a algún hombre un favor y no te cases nunca." De adulta, cualquier cambio de cierta magnitud le producía a esta mujer una gran ansiedad, algo que nunca había relacionado con los comentarios, supuestamente en broma, del padre. Una verdadera locomotora en el trabajo, poseía un sentido del humor corrosivo, que había heredado del padre, tras el que ocultaba una baja autoestima e inseguridad. Tras un largo recorrido terapéutico fuimos entendiendo que lo que parecía mero desinterés por casarse y tener hijos era en realidad una consecuencia de sus dudas acerca de su capacidad de llegar a formar un buen vínculo. Inconscientemente había seguido los consejos de su padre, evitando confrontar su miedo al apego. Los pequeños asesinatos cometidos por otros externos son verdadera munición para el objeto interno rechazante, en el modelo de Fairbairn.

Volviendo sobre la socialización río arriba, incluso los comentarios de niños pequeños sobre el carácter de sus padres pueden producir heridas de consideración. Una niña de nueve años que oyó la palabra "desvergonzada" en un programa de televisión sobre moda, preguntó qué significaba. La madre, desprevenida, le explicó brevemente lo que significaba, pero enseguida pasó a explayarse acerca del rol de la mujer en la sociedad y las complejidades de la imagen que de ella proyectan los medios. Su hija le interrumpió inquiriendo "¿Te importaría hablarme en cristiano? ¡Háblame como se supone que debes hacerlo!"

La mujer se quedó completamente cortada. Sintió intensa vergüenza y angustia por estar criando a su hija como madre soltera. Le preocupaba que estar sola pudiera interferir en su capacidad de ofrecer a su hija un entorno adecuado. Por si fuera poco, era escritora de profesión y para ella era muy importante ser capaz de "hablar en cristiano". Fustigándose por haber hablado a su hija como a un adulto, necesitó ser reasegurada de que incluso las madres buenas y *casadas* "adultizan" a sus hijos de vez en cuando.

En términos de la teoría de Fairbairn, la niña era un "objeto excitante" para la madre. Verdaderamente inteligente, devoraba nueva información, pero podía resultar también bastante severa en sus críticas. En parte debido a estas cualidades, la madre le había investido con el poder fantaseado de recomponer sus propios estados internos de humillación, de reparar su self dañado. Un conflicto de la madre con su alto nivel profesional e intelectual subyacía al doloroso intercambio. Lo sentía como una traición a sus propios padres (ver Fairbairn, 1952, pág. 75).

En otras palabras, la madre y la hija participaban de lo que Faimberg (1988) ha denominado "generaciones telescópicas"¹⁵. La mujer había sentido la objeción de la niña como si se tratara de una crítica *parental*, en lugar de un comentario de su hija. En el nivel intrapsíquico, los objetos parentales internos se habían "apropiado" de la identidad positiva de esta mujer (como merecedora de sus propias opiniones). Éstos habían "expulsado activamente" su propia identidad negativa sobre la paciente (como alguien inadecuado, que hacía mal al hablar inadecuadamente). Todo ello se encontraba condensado y

"ventrilocuado" ahora en las reprimendas que le dirigía su hija. Y sin embargo, probablemente la niña se había sentido avergonzada al no entender las palabras de su madre, que debió percibir como un ataque materno microtraumático contra *ella*. Seguramente se encontraba identificada proyectivamente con la vergüenza y la angustia de su madre (manifestada en la explicación excesiva) y se sentía abrumada por ellas. Por tanto en realidad la observación crítica de la pequeña constituía una retaliación sobredeterminada. Se estaba sucediendo un intercambio telescópico de asesinatos en el seno de una relación madre/hija que en lo fundamental se caracterizaba por una gran fuerza y cariño.

Aislamiento caprichoso. Una forma de agresión continuada que resulta particularmente dolorosa para el otro es la que se inflige mediante la evitación de participar en la relación, de manera temporal o duradera. Aunque dicha evitación viene a menudo motivada por ira, envidia o vergüenza inconscientes, puede también constituir una tendencia de base caracterológica que se activa con mayor frecuencia en aquellos individuos menos "extrovertidos" y más "sistematizados". En cualquier caso la evitación *se vivirá* de manera microtraumática por el otro. En el tipo de relación al que me refiero el aislamiento espontáneo es más extremo que cuando el distanciamiento resulta evolutivamente necesario y adecuado. Esta conducta pasiva-agresiva interrumpe de forma brusca el deseo interdependiente de apego, y el otro queda sumido en un estado de privación e impotencia. Aislamiento aparentemente arbitrario que puede darse a nivel físico y emocional, o tan solo emocional. Al que abandona le puede parecer un gesto de autoafirmación y autoprotección saludables, como en la descripción que realiza Skolnick de la necesidad adolescente de "excluir" al objeto adulto (Skolnick y Scharff, 1998). Pero cuando es producto de la hostilidad y resulta brusca, severa e inexplicada, esta forma de huida o rechazo puede ciertamente suponer para el otro tanto una privación como una "bofetada psicológica". En términos de Fairbairn, fortalece al otro rechazante interno.

Los jóvenes pueden llegar a poner en acto el aislamiento hasta el punto de irse de casa. Y si carecen de las habilidades necesarias para poder llevar a cabo de manera efectiva su separación-individuación, posiblemente culpen a sus padres y adopten represalias, volviéndose inaccesibles, ocultándoles dónde están y cómo logran sobrevivir. Mientras que el adulto de mediana edad, todavía resentido, quizá sólo vaya de tarde en tarde a visitar a su padre o madre, mayor e ingresado en una residencia¹⁶. Por lesivo que pueda resultar el distanciamiento físico o la falta de contacto, aún más dañina será la puesta en acto de ira y ansiedad reprimidas que produzcan una ruptura unilateral en el ritmo de la relación. El aislamiento hace inútil todo esfuerzo por tratar de comprender su causalidad; constituye una forma de sabotaje que impide que la relación intergeneracional pueda evolucionar hacia un nivel de desarrollo más maduro.

Ilustración Clínica

Alan, un ingeniero civil de 50 años solicitó tratamiento psicoanalítico a pesar de que su vida "iba estupendamente", o al menos eso refirió insistentemente durante los primeros 8 meses del mismo, el cual realizó con una periodicidad de tres sesiones semanales. Su razonamiento resultaba convincente, pues Alan disfrutaba de un éxito extraordinario, acumulando constantes premios y reconocimientos por sus notorias contribuciones al campo de la ingeniería, así como toda una fortuna en el proceso. Era fácil entender el porqué de su alta autoestima. Tenía un hijo de 10 años, fruto de su segundo matrimonio. Provenía de una numerosa familia de origen escandinavo, pionera y colonizadora de tierras en la costa noroeste de Estados Unidos. Su padre, un "gran tipo", le introdujo en la empresa de ingeniería de la familia y aceptó "gustoso" retirarse antes de tiempo cuando Alan se lo propuso –aunque dejó de organizar reuniones familiares con él. (Su retiro "gustoso" parecía ser una forma de "maquillado", y el dejar de socializar una manera de "aislamiento"). El socio de Alan de toda la vida, su mejor amigo, comenzaba a dar muestras de querer también separarse de él, y si esto llegaba a suceder se llevaría consigo parte de sus lucrativos contratos. ¿Por qué estaba ocurriendo todo esto? Los proyectos habían ido de maravilla y obtenido enorme éxito. ¿Qué es lo que podía ir mal en la relación con su padre y con su socio?

Sesión tras sesión Alan se quejaba de la situación, mientras inconscientemente se refugiaba en una característica sonrisa que pasaba de expresar optimismo a arrepentimiento, y optimismo otra vez. Si no fuera sencillamente fruto de la mala suerte, si realmente *hubiera* algo mal, innegablemente sería de poca importancia. Seguro que yo podría corregirlo bastante rápido y enseñarle todo lo que necesitaba saber.

Con el tiempo comencé a escuchar la historia de una infancia microtraumática entre objetos buenos maquillados. Los padres de Alan, divorciados desde que él era un niño, siempre habían hecho "lo correcto" para sus cuatro hijos. Según se iban alternando en las funciones de crianza no sólo proveían de los cuidados básicos, sino que además fomentaban que los niños disfrutaran de experiencias novedosas que les permitían experimentar y aventurarse por su cuenta (lo que yo escuché fueron eufemismos de negligencia y desatención.) La madre y su esposo, con los que Alan y sus hermanos vivían la mayoría del tiempo, figuraban en la narración como personas afectuosas y creativas. El padre, que solía llevárselos los fines de semana, aunque más independiente, les prestaba una atención sin fisuras.

Alan mostraba una alegre imagen de sus padres en la que "todo era positivo", a pesar de que al parecer tenían "un leve problema con la bebida", oculto tras una apariencia de "somnolencia" al atardecer. También a su hijo le hablaba así de ellos, pero a él cada vez parecía apetecerle menos ir a visitarles. Alan conscientemente no comprendía esa ambivalencia de su hijo. "¿No es estupendo ir, y jugar en sus tierras, montar sus caballos?" le preguntaba alegremente esperando una respuesta entusiasta. Se trataba del mismo tipo de

apropiación hiperoptimista de la experiencia subjetiva que los padres habían ejercido sobre Alan, cuando le insistían en lo maravilloso de su forma de vida experimental y novedosa – aunque en realidad a él le suponía importantes privaciones (yo me imaginaba la reedición del fenómeno: al hijo de Alan terriblemente confuso por los mensajes contradictorios que provenían de sus abuelos, su padre y de él mismo.)

Alan se describía a sí mismo como unido a su madre, una ex-hippy que se había vuelto a casar y que en ese momento trabajaba en el sector sanitario. Era una madre que acostumbraba a apoyar y dar ánimos a su hijo. Y cuando éste se hizo mayor su relación se volvió aún más íntima. Le ayudaba a aclarar sus sentimientos en relación con su matrimonio, la educación de su hijo, etc. A veces parecía que prefería instruirle en su propia forma de ver la vida que atender a las preocupaciones de él, pero esto era fácilmente maquillado como poco importante, apenas digno de mención.

De esta manera Alan negaba el trato lesivo, doloroso y decepcionante de sus padres hacia él, tanto pasado como presente. Yo sólo lo pude saber de pasada y desde luego, exento de toda significación efectiva. Por ejemplo, Alan se refería al relato del padre sobre un día que estando toda la familia sentada en la parte trasera de la cubierta de un barco, Alan rechazó el helado que le ofrecían. “¿Qué niño rechaza un polo en un caluroso día de verano? ¡Lo quería de otro sabor! Sólo que Alan hacía esas cosas. Alan, siempre has sido tan distinto... ¡Siempre has sabido exactamente lo que querías!”. Alan contaba esto como muestra de su carácter tenaz. Aunque, en la medida en que la memoria de su padre fuera precisa, yo oía que lo que en realidad estaba expresando era, en primer lugar, el deseo de Alan de ser diferente, no conformista y sumiso como “todos los chicos”. Y segundo, su propia capacidad discriminadora, que en este caso se trataba de una pequeña muestra de protesta a modo de “maestría”, o puede que “pequeño asesinato”, o “aislamiento” del círculo familiar. El modo en el que el padre *lo volvía a relatar* claramente maquillaba el contexto de la situación, en la que el joven muchacho seguramente se sentía herido y frustrado por la “indiferencia benigna” generalizada que mostraban sus padres, en este caso en forma de un polo del que no le habían dejado elegir el sabor.

Pero la historia del padre de Alan aparentemente sólo se refería a un comentario sencillo y directo sobre el carácter del chico – sin crítica alguna, ni escrutinio de ningún tipo. En esta familia nadie hablaba mal de nadie. Las partes que no gustaban debían ser minimizadas, pasadas por alto y soportadas con una sonrisa.

Los sentimientos negativos negados de Alan, relacionados con la imposibilidad de expresar su voluntad y deseos, acababan haciéndose evidentes en el modo en el que, inconscientemente, infligía daño en forma de microrepresalias a aquellos que le decepcionaban, entre los que se encontraban su padre y su socio. Esto también salió a la luz en la relación transferencial/contratransferencial, como se desprende de lo sucedido en una de las sesiones que mantuvimos a mitad del tratamiento y que refiero a continuación.

El paciente estaba sentado en las escaleras frente a mi oficina, leyendo atentamente un libro de autoayuda mientras esperaba mi llegada, cuando se sucedió el siguiente intercambio:

Alan: Hola! ¿Qué buen día hace, eh? Dime, ¿has leído esto? Me está cambiando la vida. Es sobre cómo utilizamos nuestro "yo" para complacer a los demás, cómo tratamos de manipular el mundo para hacerlo del modo que queremos que sea, cómo nos distanciamos de nuestro self "verdadero", ¡sin ni siquiera saber cual es nuestro self! [Lo explica más en profundidad y a continuación me pregunta:] ¿Crees que esto es cierto? Dime, qué piensas sobre todo esto.

Analista: Ummm. Bueno, no sé exactamente... Me alegra que hayas encontrado algo que recoge ideas y sentimientos que en este momento son importantes para ti. Aunque paradójicamente creo que, al planteármelo a mí ahora, puede que también lo estés usando para mostrarme que yo misma no soy suficiente para ti, que quizá el análisis no te está permitiendo entender lo suficientemente bien qué es lo que te pasa.

Alan: Venga, vamos. Espero que tengas claro lo importante que es este trabajo para mí. Aunque al mismo tiempo, sí. Necesito un marco teórico de referencia más amplio. Puede que me equivoque. Puede que este libro sea un manual de psicología muy básico, pero creo que lo necesito como referencia. Quiero ver cómo lo aplican para ayudar a la gente. A veces lo que hacemos aquí me resulta "súuuuper lento" y me gustaría lograrlo ya, pronto. ¡Muchas veces salgo de aquí habiendo conseguido tanto! ¡Desde luego que merece la pena! Pero tú quieres que lo coja tumbado, ¡de verdad "tumbado"! Poco a poco. Y a veces siento que tengo que hacerlo más deprisa.

Analista: Es difícil tener que soportar los sentimientos internos negativos de todos estos problemas que aún persisten con X (su compañero de trabajo), de que las cosas no estén "bien", de no hacer que las cosas vayan mejor.

Alan: Si, es hora de arreglarlo, ¡corregirlo! Me gusta solucionar las cosas de frente... siempre he sido de esa manera, estoy deseando ser sincero conmigo mismo y ver las cosas como son en realidad, y así conseguir que salgan bien.

Analista: Estás acostumbrado a hacerlo todo por ti mismo, ser autosuficiente... tus padres te enseñaron que debes sentirte agradecido de lo que consigues, y te has esforzado de verdad por aprender esa lección (estoy pensando en el comentario de tu padre que asumía que debías querer el helado del sabor que te ofrecían, como si estuviera cuidando tan bien de ti que no quererlo suponía llevarle la contraria o ser desagradecido.) Así que tú te esfuerzas de verdad por querer lo que se te da, no quejarte de las cosas de frente.

Alan: Bueno, sí. Hay que adaptarse a lo que hay. ¿Por qué no hacerlo así?

Analista: Centrándonos por un momento en nuestra relación, creo que eso hace que te comportes de manera especialmente aprobatoria conmigo, más de lo que en realidad sientes. Tratas de mostrar que estás agradecido hacia mí y de no presionarme demasiado si sientes que no te estoy dando lo que crees que necesitas en un momento dado [esta normalmente es una explicación teórica o psicológica de su propio funcionamiento o el de otro, un diagnóstico o prognosis]. Canalizas esa frustración buscando un libro (o alguna otra fuente) para obtener lo que yo no te doy. Y esto es de cierta ayuda. ¡Y tú estás bastante seguro de saber qué es lo que te va ayudar! Pero supones que tienes que tenerme contenta si es que quieres conseguir más de lo que deseas de mí... pero, como parece que no estoy dispuesta a cooperar, en momentos como hoy puede que busques la forma de

empujarme a darte las cosas, en la forma en la que las quieres. [Existe una manipulación transparente y desesperada en su forma de tratar conmigo, que a menudo me resulta conmovedora, a la vez que controladora.]

Alan: Bueno, sí, es cierto. No sé qué otra cosa hacer... Y una vez más, ¿qué es lo que tiene de malo? ¿Y qué más da?

Analista: Bueno, la ira y la frustración no se expresan ni se exploran directamente. Así que nunca podemos ocuparnos de la tensión subyacente más profunda entre lo que yo te doy y lo que tú quieres. Tú simplemente "te aguantas" de "buena manera", y sin embargo sutilmente tratas de transformar este proceso en algo que estás convencido de que te va a ser de ayuda. Todo esto se convierte en una brecha invisible entre nosotros, y por debajo estás muy enfadado y tu frustración conmigo va creciendo. Enseguida esa frustración se convierte en desdén, que desde luego percibo. Todo esto nos va separando cada vez más.

Alan: ¿Cómo puedes estar tan segura?

Analista: Lógicamente esto también se da en otros ámbitos, como en el no decirle [a su socio] cuando es ineficiente. Terminas pasándole por encima sin que él sepa cómo ni porqué. No quieres producir "sentimientos negativos", así que le das un giro positivo a las cosas y sólo hablas de lo bueno. Pero él siente que algo va mal sin saber el qué, lo que le cripa los nervios y lógicamente se plantea marcharse.

Alan: Cielos, es cierto, es verdad que hago eso... Cuando algo que hace alguien me molesta no quiero que se me note. Sólo provocaría malos rollos. ¡Quiero caer bien a la gente! Así que trato de presionar para conseguir lo que creo que me corresponde, hacer que todo salga como yo deseo, y conseguir que los demás hagan las cosas como yo quiero. Si eso falla, pienso que debo tratar de hacer que parezca que está bien, y ya me encargaré de ello yo mismo. Aunque por dentro me fastidia.

De acuerdo, de manera que esto no está funcionando bien últimamente, y puede que tampoco funcionase bien antes. Mira, necesito que me expliques ciertas cosas que estoy haciendo mal para poder aprender a relacionarme mejor que ahora con la gente, para no acabar fastidiando las cosas. Pero yo sé que tú te estás refiriendo a algo que va más allá... creo que tienes en mente otra cosa, parece creer que no es algo que pueda ser enseñado o aprendido. Me gustaría entender cuál es esta experiencia que tratas de transmitirme, y confiar en ella, pero la verdad es que no sé cómo, ni sé a dónde me va a conducir... [Fin de transcripción literal].

Esta forma sincera de expresarse parecía indicar cierto progreso. Alan refirió en las siguientes sesiones que se sentía más cerca de resolver determinados dilemas en el trabajo y en casa, lo que le permitiría profundizar psicológicamente en los orígenes de sus conflictos. Pero al poco tiempo me envió un correo en el que me decía que pensaba que iba a tener que recortar la frecuencia de la terapia ya que le resultaba cada vez más difícil ajustar sus horarios a la periodicidad de nuestras sesiones. Sin mencionar esa declaración por email, en la siguiente sesión Alan me pidió que le aconsejara sobre cuán apropiado me parecía un entretenimiento que tenía pensado para su hijo. Ignoró mi pregunta acerca del significado psíquico que para él tenía su pregunta y continuó solicitando una respuesta directa. Cuando la obtuvo hizo caso omiso, tachándola de equivocada, y pasó a hablar de otro asunto.

El intercambio refleja de forma gráfica la capacidad de Alan para aislarse de modo caprichoso, así como de cometer pequeños asesinatos sobre el supuesto objeto bueno. Lo sentí como su forma de arruinar, a modo de represalia, su reciente oferta de compromiso más íntimo con el proceso analítico. Una vez más Alan había registrado y posteriormente maquillado su desdén del "otro excitante". Mientras me recuperaba de esta microtraumática secuencia de hechos, me dispuse a poner en acto una exploración compartida. La crudeza de lo sucedido entre nosotros (en términos de Winnicott, relación de objeto frente a utilización de objeto) era claramente visible, e incluso Alan podía percibirlo. A partir de entonces el trabajo analítico cobró mayor ímpetu. Sin embargo, yo ya sabía lo suficiente como para anticipar que no sería la última de este tipo de interacciones entre nosotros, ni con sus otras relaciones.

Análisis del intercambio clínico

En la relación, pienso que Alan me trata como hacía con su madre y aún hace con su padre y su socio. Yo soy el "otro eminentemente bueno", cuya bondad es mejor que no cuestione de forma directa. A un nivel intrapsíquico soy internalizada parcialmente como en objeto excitante (que le ama pero le genera insatisfacción), así como, secundariamente y de un modo más disociado, como un objeto rechazante (crítico). Así que él me complace y me halaga un poco y espera "ganarse" mi cooperación, pero en la forma que él la quiere – "consejos" conscientes y racionales y principios que pueda seguir en su día a día. Él "maquilla" su ira furiosa y vulnerabilidad, y también lo que él vive como mis fallas, carácter esquivo, irracionalidad y falta de directividad. Trata de poner en acto el niño pequeño bueno (el "yo libidinal" o "self bueno") que disfruta de la deliciosa comida que su madre le da (el "objeto excitante" original), pero al mismo tiempo realmente se siente furioso por lo poco nutritiva que en verdad es, y trata de modificar el menú a cada oportunidad. Al hacerlo, mientras lo oculta tras su cordialidad, Alan de forma no tan sutil me dice que le resulta insuficiente e inútil. Agita el libro en mis narices como signo de cuasi-maestría, para darme a conocer de modo ostensible una nueva herramienta que podríamos emplear aunque, inconscientemente, para provocarme sentimientos competitivos de vergüenza e insuficiencia. Y pensándolo de otro modo, quizá Alan trate de "curarme" y convertirme en un objeto completamente "bueno". Y a la vez mantiene esa apariencia de ser inocente de toda mala voluntad, de manera que yo pueda seguir siendo el objeto impecablemente "bien intencionado" que, sintiéndose amado y admirado por él, en algún momento llegue a dejar caer algo que le resulte de utilidad.

Me esfuerzo, dentro de la matriz transferencial/contratransferencial, por "seguir viva" en relación a los pequeños asesinatos que Alan comete sobre mí y mi trabajo con él; y a la maquillada negación de la ira que sus elementos insatisfactorios le generan. Debo además tolerar la tensión que me produce tener que confrontar de forma agresiva (repetidamente y cada vez con más fuerza) su patrón de herir a sus seres queridos, a mí, y en último extremo,

también a sí mismo. Siento que, de forma temporal, debo adoptar un tono dominante para así poder captar su atención e ir más allá de sus autojustificaciones complacientes. Si mi posición agresiva no produce un efecto microtraumático sobre él, ¡lo hace sobre mí! Resulta muy desagradable tener que producir a la fuerza el suficiente nivel de vergüenza en este chico, que hasta ahora se ha visto autolimitado por su disociación tan eficaz de ella.

Como el objeto excitante de Fairbairn, le tiento para finalmente frustrarle (a veces despertando vergüenza contratransferencial), volviéndome un objeto rechazante. Él responde con sus desafiantes pequeños asesinatos que le hacen sentir (a veces) como un "self malo" (o "saboteador interno", o "yo antilibidinal"). Para compensarlos realiza de forma inmediata intentos de reparación, y así los ciclos transferenciales continúan hasta verse periódicamente interrumpidos por el insight compartido. Linda Sherby (2007) ofrece una serie de consideraciones muy pertinentes derivadas de su propia experiencia:

Puede que el paciente salga de una sesión especialmente productiva sintiéndose bien consigo mismo y percibiéndome a mí como la sabia analista que todo lo conoce. Pero no estoy con él todo el tiempo. Posiblemente sus sentimientos positivos se evaporen, ya que yo no puedo hacer que todo le vaya bien en su vida. Soy como su objeto excitante, le prometo maravillosos regalos pero no cumplo mis promesas. Por tanto el paciente acaba sintiéndose frustrado, privado, precisamente como se sentía de niño. Reacciona a esta privación volviéndose rechazante, o sea cancelando sesiones. Una vez me ha rechazado y tratado con desprecio repetidamente teme que esté enfadada con él. En ese momento me percibe a mí como el objeto rechazante; una vez más tratará de conquistarme para poder sentirse a salvo y receptor. Así, nuevamente, me encuentro en el rol de objeto excitante, con todas las provisiones, mientras que él es el niño necesitado. Y el ciclo se repite una y otra vez. (Sherby, 2007, pág. 192)

La cuestión explícita de cómo podríamos trabajar juntos de forma más productiva continúa siendo un tema recurrente en el análisis. Trato de reconocer sus temerosas reservas sobre si puede resultarle útil una labor mía que no implique impartir enseñanzas. Implícitamente le pido que trate de dejar de lado sus prejuicios acerca de cómo podría yo ayudarle (mediante "lecciones"). Aliento este proceso, consciente del riesgo de que me pueda sentir como su madre, insistiendo en darle algo que él cree que le va a resultar inútil. Le animo a que trate de contener sus juicios, y ver si podemos encontrar sentimientos y actitudes inesperados dentro de sí que le guíen, en lugar de tratar de premiarme para conseguir que le dé los "preceptos correctos". Quizá finalmente logre abandonar su tendencia a maquillarme a mí y a sí mismo, y posiblemente esto le permita descubrir más acerca lo que en verdad hay en mí para ofrecer, y en él para recibir.

Puede que entonces, más consciente y con una mayor aceptación de sus propias necesidades y expectativas (molestas y a veces desagradables para los demás), Alan sea capaz de aceptar las de los otros y su propia bondad imperfecta, y poder así tener una

comunicación compartida y sincera sobre ello. Esto podría permitirle tener relaciones lo suficientemente llenas aunque no sean "perfectas". Anticipo que precisamente de esa manera, sus padres, su hijo y eventualmente sus nietos podrán llegar a conocerle y a relacionarse con él como alguien menos eufórico e inconteniblemente positivo, como una persona más real. La exploración de las discrepancias y distorsiones dentro de sí y entre las distintas generaciones en su vida familiar, puede que sea la llave para que Alan llegue a trascender la velada microdestrutividad de esas tres generaciones.

Análisis general de la dinámica relacional microtraumática entre generaciones

La relación microtraumática es algo que ocurre entre los integrantes de todas las generaciones, como expresión del conflicto entre nuestros deseos de estar conectados a la vez que separados, y separados a la vez que conectados. A veces somos las víctimas y otras sus instigadores. Claro está que también deseamos obtener reconocimiento de nuestra propia identidad y valía, lo cual se interpone en el camino de esos otros deseos. Queremos sentirnos a nosotros mismos y a nuestros "otros significativos" como buenos. Pero las posiciones que ocupamos en el tiempo y el linaje pueden hacer que nos sintamos inadecuados en cualquiera de las dos esferas. Cuando somos jóvenes nos avergonzamos de nuestra juventud y los hechos concomitantes a ella; de nuestra edad y sus circunstancias cuando envejecemos. Estos sentimientos negativos disociados se filtran a modo de ataques al otro, aparentemente sin importancia, y que con frecuencia se vuelven también contra nosotros mismos. Cuando estos microtraumas pasan desapercibidos producen resonancias a nivel interpsíquico de generación en generación. Sin embargo, una vez que somos conscientes de ellos acaban transformándose en un modo más constructivo de relacionarnos con nuestros mayores, con nuestros hijos y nietos, y con nosotros mismos.

Y luego están esos preciosos momentos en los que no es preciso hacer dichos esfuerzos –la conexión constructiva sencillamente se produce. Un momento de ese tipo es el que se describe en la novela japonesa "La fórmula preferida del profesor" (Ogawa, 2009), en la que un genio matemático que se está haciendo mayor se encuentra sentado en los asientos 714 y 715 junto a un niño de 10 años con el que ha hecho amistad. "El registro de carreras anotadas de Babe Ruth en 1935 fue de 714", le dice el profesor, "un record que no fue superado hasta 1974 por las 715 de Hanck Aaron". El profesor, cuyo deterioro de memoria constituye el tema conmovedor de la novela, le comenta a su joven acompañante: "Una pareja de números enteros consecutivos con esas características es muy poco frecuente... *Lo importante es que yo estoy sentado en el 714 y tú en 715, y no al revés. Son los jóvenes los que tienen que romper los records de los mayores. Así es como funciona el mundo, ¿no crees?* [cursivas mías]" (Ogawa, pág. 90). Por cada momento microtraumático que ocurra entre individuos de generaciones distintas, existen múltiples posibilidades de que se produzcan otros de efecto terapéutico. Cada generación posee el potencial y ciertamente confiere su gracia a aquellas que le preceden y le suceden.

REFERENCIAS

- Baron-Cohen, S. (2003). *The Essential Difference: The Truth about the Male & Female Brain*. New York, NY: Basic Books.
- Burros, M. (Mar. 21, 2009) New York Times citation
- Collins, L. (April 27, 2009), Motherlode. *The New Yorker*
- Crastnopol, M. (2007). Uneasy intimacy, a siren's call. In Suchet, M, Harris, A., & Aron, L. *Relational Psychoanalysis: Vol.3, New Voices*. Mahway, NJ: The Analytic Press, 33-51.
- Faimberg, H. (1988). The telescoping of generations: -- genealogy of certain identifications. *Contemp. Psychoanal.* , 24:99-117.
- Fairbairn, W.R.D. (1952). *Psychoanalytic Studies of the Personality*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Freud, S. (1909). The analysis of a phobia in a five-year-old boy. *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*. Volume X (1909): Two Case Histories ("Little Hans" and the 'Rat Man'), 1-150.
- Fromm, E. (1947). *Man For Himself*. Norton (add)
- Skolnick, N. & Scharff, D. (eds.) (1998). *Fairbairn Then & Now*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Laing, R.D. (1971). *Self and Others*. Middlesex, England: Penguin Books.
- Miller, A. (1981). *The Drama of the Gifted Child*. New York, NY: Basic Books.
- Ogawa, Y. (2009). *The Housekeeper and the Professor*. New York, NY: Picador.
- Rich, S. (2009), Play nice. *The New Yorker*, August 2, 2009.

Original recibido con fecha: 21-11-2010 Revisado: 18-5-2011 Aceptado para publicación: 30-5-2011

NOTAS

¹ Presentación del Congreso de NWAPS, 5 de Febrero de 2009. Edición del 5 de Abril de 2009. Traducido al castellano por Luis Sandoval Silva, con autorización del autor. Texto leído como conferencia en el Instituto de Psicoterapia Relacional en Madrid, 11 de Marzo de 2011, dentro del ciclo: *Pluralidad de la clínica. Transformaciones*.

² Margaret Crastnopol es Doctora en Psicología y co-fundadora y miembro del cuerpo de profesores del *Northwest Center for Psychoanalysis* en Seattle, Washington; Formadora Clínica en el Departamento de Psiquiatría y de Ciencias de la Conducta y Departamento de Psicología, University of Washington, Seattle, Washington; Es supervisora de psicoterapia y miembro del cuerpo de profesores del *William Alanson White Institute* en New York City; editora asociada de las revistas *Psychoanalytic Dialogues*, *Contemporary Psychoanalysis* y *Clínica e Investigación Relacional*. La Dra. Crastnopol trabaja en práctica privada en Seattle, Washington.

³ ¿En qué se distingue una interacción microtraumática de una "completamente" traumática? La forma "micro" posee menor intensidad, es menos evidente o directa en cuanto a su cualidad destructiva, y por tanto su negación, aunque errónea, resulta más admisible para el sujeto o el otro. Normalmente la cualidad dañina del acto residirá más en las connotaciones tonales que en los aspectos centrales de la significación. El conjunto de la matriz intersíquica constituye a su vez otro factor fundamental. En verdad un acto hostil o una crítica no tienen porque resultar traumáticos ni en el nivel

micro ni en el macro. Ello en gran medida dependerá del contexto emocional, de las características individuales de los participantes y de la salud de su relación.

⁴ Heráclito: [56.] "Se engañan los hombres [...] acerca del conocimiento de las cosas visibles, de la misma manera que Homero, que fue [considerado] el más sabio de todos los griegos. A él, en efecto, unos niños que mataban piojos lo engañaron, diciéndole: 'Cuántos vimos y atrapamos, tantos dejamos; cuántos ni vimos ni atrapamos, tantos llevamos'. En <http://sacred-texts.com/cla/app/app19.htm>

⁵ Las explicaciones algo confusas y no del todo contundentes sobre la escisión del objeto malo y la suerte del objeto "verdaderamente bueno" de Fairbairn, han generado mucha controversia en la literatura neo-fairbairniana (ver Serví, Goldberg, Skolnick y Scharff, Mitchell). Resulta realmente útil el modo en el que Goldberg (2007) "reubica" el objeto excitante "abarcando los dominios tanto del objeto bueno como del malo". La autora prosigue "El concepto de objeto-excitante de Fairbairn es potencialmente lo suficientemente amplio como para abarcar tanto a los objetos reprimidos suficientemente-buenos como a los malos. La fuerza del concepto de objeto excitante reside precisamente en su combinación de bueno y malo, necesitado y prometedor, a la vez que frustrante y traicionero." (pág. 275). Goldberg defiende la importancia de que el analista provea la función de objeto excitante benigno en la situación analítica, ya que opina que ésta ofrecerá una esperanza estimulante que presumiblemente contrarrestará sus elementos potencialmente decepcionantes.

⁶ [...] Una persona transmite a la otra que debe de hacer una cosa, y a la vez transmite a otro nivel que no debe de hacerla, o que debe de hacer otra que resulta incompatible con la primera. La situación queda sellada para la "víctima" por un tercer mandato que le prohíbe escapar de esta situación, o deshacerla haciéndola explícita. La "víctima" se encuentra por tanto en una situación insostenible. No puede hacer nada sin que se desencadene la catástrofe. (Laing, 1971, pág. 146)

⁷ Fromm (1947) escribe, "El concepto mercantil del valor, el énfasis en el valor de cambio frente al valor de uso, ha conducido a un concepto similar del valor en relación a las personas y especialmente a uno mismo. Es la orientación del carácter arraigada en la experiencia de uno mismo como un bien de consumo, y del propio valor como valor de cambio, lo que denomino la orientación de mercado" (pág. 68).

⁸ En parte, la "mistificación" se produce por la predisposición generalizada a creer que una persona es completamente de una u otra forma (que si alguien es bueno y bondadoso, no puede ser al mismo tiempo malo y cruel). Incluso al individuo sano y maduro le resulta difícil procesar lo entrelazado de los elementos positivos y negativos en sus "otros significativos".

⁹ [N. de T] En la versión en inglés la autora hace aquí mención a lo apropiado del nombre de este personaje: Mr. Knightley podría traducirse como Sr. Caballero.

¹⁰ Por ejemplo el musical "My Fair Lady". O ni que decir tiene la obra *Pigmalión*, en la que está inspirado.

¹¹ Michelle Obama se quejaba de la mayor permisividad de su madre con sus nietas en la mesa de la que había tenido con ella misma (una identidad de madre alternativa generadora de frustración, celos y envidia, ver Burros, NYT, 21-3-2009). "Mi madre, que es ahora abuela y que se ha convertido en otra persona por completo, parece creer que nunca, realmente nunca, nos hizo comer algo que no quisiéramos comer", comentaba la Sra. Obama. "Pero es mentira. Puedo pasar horas con mi hermano recordando cómo escondíamos las judías en las servilletas. Y cuando teníamos que comer hígado... nos ahogábamos". Pero la Sra. Robinson, la madre estricta, se convirtió en la abuela indulgente por excelencia, según refería la Sra. Obama. "Cree que soy estricta en cuanto a la comida" afirmaba, "pero la verdad es que todo lo que sé lo aprendí de ella. Es sólo que ahora son sus nietas. Ella piensa que Malia y Sasha deben tomar postre todos los días, tres veces al día", refería la primera dama. "Y cuando le recuerdo que sus nietas ya han tomado helado después del colegio me dice '¿Y por qué no pueden comerse un pastel ahora?'. Y yo pienso, ¿pero quién eres tú? ¿Qué es lo que has hecho con mi madre?".

¹² También en círculos psicológicos, podemos ser presa de la gratificación de impartir conocimiento a colegas más jóvenes o alumnos. En este caso, corrigiendo sus formulaciones con un exceso de precisión, matices o supuesto grado de comprensión. Con demasiada frecuencia ello puede desmoralizar y hacer sentir empequeñecido al otro.

¹³ Lou Rosenblatt [el compañero de juego]: ¿Puedo coger tu coche? Cuando termine te lo devuelvo.

Sra. Herson [la madre]: Disculpe, ¿le conozco?

Lou Rosenblatt: No, pero tenemos la misma edad y utilizamos el mismo garaje.

Sra. Herson: No se lo tome a mal señor, pero lo cierto es que no me siento del todo cómoda prestándole mi coche. Quiero decir, se trata del bien máspreciado que poseo, con diferencia.

¹⁴ En otro artículo del New Yorker (27-4-09) titulado "Motherlode", Lauren Collins se hace eco de un compendio realizado por otros dos periodistas sobre la "sabiduría" que las madres poseen acerca del correo electrónico. La visión de Collins sobre este libro es que linda entre la sátira y la burla. Puede que represente la revancha de toda una generación contra actitudes de los años 50 como la de Art Linklater, de que "los niños dicen las cosas más embarazosas".

¹⁵ Faimberg se centra en fenómenos de índole psicótico en la relación intergeneracional, pero sus exposiciones son aplicables también a dinámicas de un nivel más neurótico. Explica: "[...] Para que el sistema de apropiación / intrusión pueda funcionar y puedan transmitirse determinadas identificaciones pertenecientes a una generación distinta a la del

paciente, los padres internos de éste deben operar dentro de la estructura de régimen narcisista descrita anteriormente, por la cual sólo podrán amar al niño apropiándose de su identidad para sí, y no podrán reconocer su independencia sin odiarle y someterle a su propia historia de odios" (1988, pág. 107).

¹⁶ En "Gato en la Orquilla", de Harry Chapin, un hijo ya adulto, entonando una canción, expresa que no tiene tiempo para su padre, que durante su infancia fue un padre ausente. El hijo, de un modo escalofriante inflinge un microtrauma a la inversa sobre el padre que ahora le necesita, dándole a probar su propia medicina.